

de Grunwald y de Koronowo, se conservó la Orden teutónica en un estado de prosperidad hasta el tratado de Thorn (1466), que, por lo que hemos visto en esta historia, redujo su poder y sus riquezas á un círculo mucho mas estrecho.

ENTRADAS TRIUNFANTES.

Del mismo modo que la antigua metrópoli del mundo, Roma recibia con gran pompa y magnificencia á sus vencedoras falanjes, reservaba la república de Polonia á sus jenerales un brillante recibimiento cuando proporcionaban á la patria dias de gloria.

Tales fueron las entradas triunfantes en Vilna y Cracovia del duque Constantino de Ostrog, despues de la victoria que consiguió aquel héroe (1514) cerca de Orza contra los Moscovitas, y la de Juan Tarnowski en Cracovia, despues de la gloriosa jornada de Ebertyn (1531).

Pero la mas importante, solemne y gloriosa de todas las entradas triunfantes fué, sin contradiccion, la que hizo en Varsovia el condestable Zolkiewski, el 29 de octubre de 1611. El vencedor de Kluzyn, despues de haberse apoderado é incendiado á Moscou, conducia prisioneros á los czares Szuysky. La comitiva empleó cuatro horas en desfilar. Abrian la marcha los coroneles y capitanes de las tropas vencedoras, todos de grande uniforme y cubiertos de oro; seguian los nobles polacos y lituanienes con una diputacion del senado en sesenta carrozas. Venia despues el coche descubierto y muy elevado del condestable rodeado de la órden equestre, tirado por seis caballos blancos turcos. Precedia á la carroza del rey, en la que iban sentados, en el fondo, el czar cautivo Wassili Szuysky, y sus dos hermanos Dymitry é Ivan en la delantera; un capitán de la guardia real iba colocado como custodio en el centro, pero en un asiento menos elevado. Llevaba el czar un traje blanco bordado de oro y un gorro de pieles preciosas.

Era inmenso el jentío que se agolpaba por todas partes para admirar

aquel majestuoso é imponente espectáculo. Saludaba el czar al pueblo con suma tristeza, pero con afabilidad. Cuando llegaron al patio del real palacio por la calle principal, llamada arrabal de Cracovia, y habiéndose colocado en el trono Sijismundo III en medio del senado, dió el condestable la mano al czar y entró con él, acompañado de sus dos hermanos, en la sala del senado. Resonó, luego que lo vieron, por todo el palacio un grito de alegría y de felicidad. Despues de pasado aquel primer impetu de orgullo nacional, se acercó al trono el condestable y presentó al rey el czar y sus hermanos, dirijiéndole un discurso en el que, atribuyendo aquel brillante suceso á la divina Providencia y haciendo observar la gloria con que rodeaba el reinado de Sijismundo, suplicaba á este fuese moderado en el triunfo, y que tuviese piedad y consideracion con los cautivos. No pronunció Zolkiewski ni una sola palabra relativa á su persona ni á la gran victoria que habia conseguido. Concluido este discurso, inclinando el czar humildemente la cabeza delante del rey, tocó el suelo con su mano derecha y la besó; su hermano, Dymitry Szuysky, jeneral en jefe de los Moscovitas, pegó una vez en tierra con su frente; y el menor Ivan Szuysky pegó igualmente tres veces y lloró. Repitió despues su súplica el condestable, y renovaron los cautivos sus saludos.

Conmovido Sijismundo III, y guiado por los sentimientos de jenerosidad, olvidó en aquel momento todos los antiguos crímenes y delitos de que acusaban al czar, y resolvió ser indulgente y humano con un enemigo vencido, en su consecuencia le perdonó la vida.

Conducidos con respeto fuera del real palacio fueron encerrados los tres príncipes en el castillo de Gostyn, en donde murieron pocos años despues. Fueron trasladados los cadáveres del czar y de Dymitry á Varsovia y enterrados en una capilla del claustro de los Dominicos, edificada al lado de la iglesia de Santa Cruz, Uladislaio IV los remitió á Mos-

cou al Czar Miguel Fiedorovitch, en virtud de un tratado.

CORTES Y PALACIOS.

La corte, en los antiguos tiempos, era el paraje á donde llegaba el rey, y en donde se celebraban las solemnidades, reunía á los ciudadanos, sentenciaba las causas, daba torneos ó banquetes.

Fueron únicamente los soberanos los que tuvieron al principio sus cortes; pero no tardaron los hombres en frecuentar la corte de los cancilleres para instruirse en los negocios públicos, y la de los hetmanes (grandes jenerales) para ejercitarse en el arte militar. Por consiguiente llegaron á ser muy pronto los palacios de los magnates la residencia de numerosos cortesanos, porque el orgullo de los grandes los inclinaba á tener un gran tren; y que además la antigua hospitalidad polaca permitía y concedía con mutua facilidad á los pretendientes la autorizacion de colocar á sus hijos cerca de los grandes. Sucedió en consecuencia que los palacios de los grandes señores reunieron un número infinito de comensales.

Niesiecki dice, que el mayordomo del gran príncipe Ostrogski, que también era señor, tenía setenta mil florines anuales de sueldo. Dos mil jóvenes estaban agregados á la corte de aquel príncipe y mantenidos á sus espensas.

El vice-canciller de Lituania, príncipe Leon Sapiecha, enviado de Uladislao IV para recibir la nueva soberanía en la frontera del reino, iba acompañado de cuatro mil nobles á caballo formando todos parte de su comitiva particular.

Segun el Labrador secretario de madama de Guebriant durante su embajada, la corte del mariscal Estanislao Lubomirski se componía de seis mil sirvientes y soldados; y en tiempo de guerra ascendían los hombres armados á nueve mil, todos á su servicio.

El canciller Tomichi dividía á los jóvenes agregados á su persona en tres categorías: hacia educar á los

mas pobres en la escuela que tenía en su palacio de Cracovia; los ricos residían en su corte, bajo la direccion de los mas distinguidos profesores de la universidad; y enviaba á que estudiasen en el extranjero, á su costa, á los jóvenes que pertenecían á las grandes familias.

El palatino Estanislao Jablonowski mantenía tres mil soldados y cuatro mil cortesanos, criados, peatones, picadores, monteros, que cuidaban de los perros de caza, halconeros, cazadores, pescadores, músicos, cómicos, etc.

En el reinado de Estanislao Augusto brillaban todavía por su esplendor y manificencia las cortes de los Czartoryski, Potocki, Radziwill, y la del obispo de Cracovia Soltyk.

«Los palacios ó cortes, dice Golembiowski, eran en otro tiempo la escuela por excelencia de la juventud. Despues de haber concluido sus estudios, colocaba el padre á su hijo en la corte de algun magnate para perfeccionarse y ejercitarse en el servicio público ó militar. Aprendía allí á respetar la religion, viendo el modo con que los hombres mas eminentes del pais cumplian con sus santas prácticas, y el celo con que observaban sus poderosos principios. Llegaba á ser un hombre moral, porque no tenía á la vista otros ejemplos sino los de las antiguas virtudes polacas, esto es, los de la dignidad, de la justicia y del estricto cumplimiento de sus deberes. Adquiría el carácter de buen ciudadano, oyendo las interesantes conversaciones de los consejeros del gobierno, penetrándose de los sentimientos que los animaban, á saber, el respeto al trono y el amor de la patria, á la que los Polacos sacrificaban sus vidas y fortunas. Aprendía allí un joven las crónicas nacionales y extranjeras; porque casi en todos los palacios habia una magnífica biblioteca, ó bien copiando los preciosos manuscritos de las obras que no se habian dado á luz todavía, y cuyos autores eran muy conocidos por sus grandes conocimientos y erudicion. La familia del dueño de la casa le presentaba un ejemplo de sencillez

patriarcal, reunida á una verdadera dignidad. Estaban los ancianos polacos, como los senadores de la antigua Roma, penetrados siempre de esta idea, que debian ellos presentar á la juventud el modelo de las virtudes cívicas y domésticas, porque la consideraban como el apoyo de la felicidad futura del país.

Tales fueron los cortesanos de los magnates polacos hasta la muerte de Estévan Batory. Pero la introduccion de la monarquía electiva cambió el método de vida de las cortes y de los palacios. La prerogativa que elevaba á cada noble, haciéndolo igual al rey, hizo perder de vista el bien público para no ocuparse sino de los intereses privados y relativos, como se observa en la historia, despues de Sijismundo III hasta fines del reinado de Juan Sobiesky. Variaron desde entonces de aspecto las cortes, ganaron numéricamente en apariencia, en lujo, que se disputaban con el de oriente; pero desaparecieron poco á poco las antiguas virtudes, el amor del bien público; formáronse partidos; cada uno olvidó al rey y á la patria, y ya no vió mas que un Zebrydowski, un Radziwill ó tal otro señor cuya grandeza admiraba, á la que servia de instrumento, favoreciendo las disensiones de los magnates y apoyando muy á menudo sus estravíos y errores. Solo permaneció el valor, porque este no abandona jamás á los Polacos.

Durante las dietas, los cortesanos de los magnates y sus comitivas forman dos ejércitos polacos y lituanienes. Tienen los dos sus mariscales y jenerales. Emprenden el combate al son de las trompetas, se acometen, se persiguen, se asedian en las casas y vuelven triunfantes.

Educados los Polacos con tales ejercicios formaban buenos soldados capaces de medirse con el enemigo; pero descuidaban y olvidaban todos los dias las antiguas virtudes nacionales, lo que se notó mas particularmente en los reinados de los dos Augustos, la moral y la licencia tuvieron entonces pocos padrinos. La pasión del lujo y la sensualidad que introdujo Augusto II (1696-1733) de-

bia ser muy funesta á un pueblo naturalmente inclinado á estas pasiones. La obra titulada *La galante Sajonia* caracteriza perfectamente al soberano, á la corte y á la época. Fueron despreciadas sin pudor las costumbres; y la desgracia de cada víctima del pasajero capricho del monarca era una leccion perdida para los que no escarmentaban en cabeza ajena; las mas deplorables consecuencias no producian ni reflexion ni pesares. Viendo aquella desmoralizacion jeneral hubiera dicho cualquiera que el licencioso libertinaje, contra el que la voz de la razon, de la esperiencia y de la relijion no podia ya adelantar nada; se habia apoderado de toda la nacion.

BUFONES.

Los bufones ó graciosos que tenian los señores antiguamente en sus palacios para sus diversiones no guardaban ningun miramiento en sus discursos ni para con Dios ni para con los hombres; burlábanse de todo, y cuanto mas insolencia demostraban eran mas estimados.

Muchos reyes los tuvieron igualmente.

El traje que vestian estaba lleno de galones y se componia de pedazos de telas de diferentes colores; llevaban un cinturon guarnecido de cascabeles y clavos, un gorro con orejas semejantes á las de la gamuza, guarnecidas de campanillas, un baston barnizado y pintado con un puño rodeado de colas de zorra.

Enviaban algunas veces á los bufones con comisiones por el motivo, sin duda, que en medio de la risa y de la broma, conseguian descubrir la verdad. Los reales archivos polacos contienen relativamente á esto un documento muy curioso: es una carta que Henno, el bufon del gran maestre teutónico Rusdorff, enviado cerca del gran duque de Lituania Witold, escribió á su amo para darle cuenta del viaje que habia hecho Witold. Se firma: *Henno, antes de comer caballero, y despues de comer, bufon de vuestra ilustrisima corte.*

La costumbre de tener bufones



Vernier del.

Londres. Anicet.

Miller. Sc.

Stanislas-Auguste Poniatowski

Estanislao Augusto Poniatovski.

los señores en sus cortes fué desapareciendo poco á poco en los tiempos modernos.

ENANOS.

Otra costumbre de los soberanos y de los señores polacos era la de tener enanos en sus cortes.

Aquellos enanos estaban vestidos á la moda de Brandeburgo, y llevaban un gorro de pieles de zorra blanca. Acompañaban á sus amos en sus viajes ó en sus diversiones; en los torneos de Viena, en 1560, se vió un enano que llevaba el baston de un caballero polaco.

El último enano polaco conocido al servicio del príncipe Czartoryski murió en el destierro, en Paris, á donde habia seguido á su amo después de la revolucion polaca de 1831.

TRINEOS.

Las diversiones de los trineos debían necesariamente hacer un gran papel en un país en donde la nieve cubre á veces durante muchos meses la superficie de la tierra. Esta especie de diversion se practica en la capital, pero muchísimo mas en las campiñas.

Cuando llegaba la estacion favorable, no solamente un distrito, un palatinado, sino que todo el país se ponía en movimiento. Reuníanse por lo regular en casa de un jefe escogido al efecto para dirigir la diversion, llamado *kulig*, y la música acompañaba siempre aquellas correrías. También era costumbre llegar de noche al paraje señalado, con muchas encendidas; los relinchos y ruido de los pasos de los caballos, el sonido de las campanillas, que guardan los arneses, el crujido del hielo, la música, los latigazos, los gritos de la alegre compañía se hacían oír de lejos, y los paisanos, al acercarse aquella comitiva, salían en tropel de sus chozas para verlos pasar.

Luego que llegaba el *kulig* al sitio destinado, bajaban todos de los trineos y entraban en la quinta saliendo á recibir el amo con mucha alegría por la visita que le hacían.

Los músicos formaban al momento una orquesta y empezaban los bailes nacionales: entrecuchábanse los vasos á los muchos y vivos brindis hasta el momento de la cena. Sorprendía algunas veces la aurora á los convidados sentados al rededor de la mesa, y los cánticos y bailes empezaban de nuevo con alegría y algazara. Pasábanse con mucha rapidez dos ó tres días en aquellos no interrumpidos placeres, regresaban conduciendo en su compañía á los huéspedes hospitalarios, que habían recibido con tanta bondad y agasajo al *kulig*. De este modo se aumentaba continuamente la comitiva con las hermosas, con jóvenes alegres y con trineos de muchos lujo; y dando así la vuelta del *kulig*, no volvían muchas veces á sus casas sino al cabo de un mes y á veces algo mas.

Aquellas diversiones eran muy comunes en Polonia, y cada fiesta de santo, ó aniversario de nacimiento reunía la comarca vecina en casa del personaje del día. Aquí, sorprendían á los unos; allí: avisaban á los señores de los castillos, la llegada del *kulig*, y en todas partes donde se presentaba, y á veces con máscara, recibía el propietario con los brazos abiertos á sus comensales y ponía toda la casa á su disposición. Todo el mundo tomaba parte en aquellas fiestas; el cura, el guerrero, el senador opulento y el modesto padre de familia. ¡Cuántas disensiones, cuántos antiguos disturbios desaparecían y se olvidaban entonces! Los que separados por la enemistad se encontraban en aquellas casuales reuniones, que ofrecían una ocasion para desplegar la bondad y la jenerosidad inherentes al caracter nacional, se daban la mano con la mayor cordialidad. El *kulig* reunía las familias; permitía á los jóvenes cortejar á las señoritas que amaban, concertaba la conclusion de los matrimonios y conservaba la armonía entre los vecinos, tan necesaria en la vida campestre.

Las ideas de los tiempos modernos y particularmente los días de disensiones y guerras sobrevenidas, han desterrado casi del todo esta anti-

gua costumbre. El *kulig* de nuestros días que aparece de cuando en cuando en algunas comarcas del país no ofrece mas que una muy pequeña idea de aquellas fiestas, en las que brillaba con todo su esplendor el carácter liberal y franco de los Polacos.

LA CAZA.

En muchas comarcas del Norte de Europa, y particularmente en Polonia, siendo la caza de absoluta necesidad para defender no solamente las propiedades sino también muy á menudo la existencia, ofrecía un sinnúmero de rasgos de jenerosidad que la colocaron en el rango de las diversiones nobles y caballerescas. Monarcas grandes todos se aficionaron apasionadamente: los primeros para distraerse de los cuidados y fatigas del poder como lo hizo Casimiro Jagellon, que pasó siete años de su vida desde 1485 hasta 1492, en los bosques de la Podlaquia, ocupado enteramente en este ejercicio, y dedicando apenas algunos momentos á los intereses del estado; los segundos, á fin de encontrar un simulacro de la guerra, que era una necesidad para ellos, guerra en miniatura, es verdad, pero acompañada de grandes peligros y de emociones positivas.

« Todavía en el día, cuando llega la estacion de otoño y que ponen los bueyes á pacer, es indispensable que los señores slavos cazen para entretenerse. Pero el motivo mas poderoso de la pasion que tienen por la caza, es el gusto desenfrenado que los domina, por el lujo. Tal señor que no posee sino cinco ó seis aldeas, puede compararse por el tren que gasta á un pequeño soberano de Alemania. Desde que no les es ya permitido tener tropas, necesitan equipajes de caza, caballerizas, caballos de montar y perros. El señor slavo sale con un acompañamiento numeroso de cazadores, lo mismo que un príncipe acompañado de su corte, y va á hacer la guerra, tal vez á una liebre; pero que importa cuál sea el enemigo? Toda su comitiva obedece á una señal, y ya está contento y satisfecho porque el aparato que lo rodea

llama la atencion de todos, deslumbra, arrastra, y queda por consiguiente satisfecha su vanidad.

« Si se pasa por el país slavo el día de San Miguel, ó la víspera de Navidad no se oye otra cosa mas que los sonidos de las trompas, ahullidos, tiros; no se ven mas que animales salvajes huyendo de perros y caballos, que en su impetuosa carrera acarician con sus vientres la yerba de los campos.

« Cualquiera diría que hombres y animales se han vuelto locos. En las aldeas, las mujeres, las criaturas, los ancianos corren en tropel al encuentro de los cazadores con ruido, algazara y un movimiento difíciles de espresar. ¿Y por qué? porque el día de San Miguel se abre la caza, es la llamada jeneral á las armas de todos los cazadores, y el bueno y verdadero slavo es fiel á las costumbres de sus padres. En cuanto al día de Navidad, están persuadidos que si encuentran aquel día alguna pieza serán felices todo el año, y que si la matan, saldrán bien de todas sus empresas. En el caso contrario, no les queda otro recurso que encerrarse en sus casas, y no emprender nada, porque todo les saldría mal. El oráculo es seguro; y deseosos siempre los hombres de vaticinios, no faltan á la caza la víspera de Navidad.

« Entre los nobles de la gran familia slava, los señores polacos son los que mas prefieren la ostentacion. Arruínanse por vanidad, pero es preciso decirlo también, por satisfacer su buen corazón, que no conoce otro verdadero placer, que el que disfrutan con sus amigos, sus conocidos y convidados que no habían visto jamás hasta el día de la caza.»

Los bosques de la Polonia abundan en caza de toda especie y ofrecen para la diversion de que hablamos recursos inagotables. La Lituania es una de las comarcas mas notables por la abundancia de toda especie de caza que ofrece, cubierta de inmensos y magníficos bosques, en los que ostenta la naturaleza su majestad y grandeza, llena de savia y

de vida. Allí se encuentran aun en el día castas de animales que han desaparecido del resto de Europa: tal es el bison, *zubr* en polaco, especie de buey silvestre. Es muy difícil sorprender á este animal, ó atraerlo sin gran peligro, á causa de su grande y delicado olfato y su prodijiosa fuerza. El rey Alejandro Jagellon habia mandado una gran caza del bison en el bosque de Bialowiez, y para que la reina pudiese disfrutar de aquella diversion, construyeron una larga galería en uno de los claros del bosque. Perseguido el bison, no hizo mas que tocarla huyendo, y la galería fué enteramente derribada.

Hay dos modos de atacarlo, y en ambos se reconocen algunas prácticas que se observan en las corridas de toros en España. El primero, que es de tiempo inmemorial, es muy original. Hombres á caballo, escójidose entre los mas diestros, armados de flechas ó de dardos, procuran al principio herir el animal con sus varas, mientras que los perros por su parte los incomodan. El primer jinete á quien acomete el bison le dispara su flecha y huye; el animal le persigue; otro jinete le ataca á su vez, quien abandonando al primer agresor, se precipita contra el nuevo, á quien socorre un tercer jinete; y así sucesivamente hasta que el animal, acosado por todas partes y no sabiendo á quién atacar entre tantos enemigos, cae fatigado y acribillado de heridas. El segundo consiste en escojer árboles de mediana corpulencia, detrás de los cuales, despues de haber echado los perros, se coloca el cazador provisto de una gruesa estaca de madera. No tarda el bison en acometerlo, pero maniobra con tanta destreza al rededor de su escudo que evita los ataques de su antagonista, que lleno de rabia y furor la emprende contra el árbol, acometiéndolo como si quisiera desarraigarlo á cornadas. Durante aquel tiempo no permanece inactiva la estaca entre las manos del cazador, y furioso el bison por las heridas que recibe ajita su cola con tanta violencia, que derribaría infaliblemente al cazador si lo llegaba á tocar. Cuan-

do este último se cansa, le basta, para alejar al animal del árbol, tirarle á cierta distancia el gorro encarnado que lleva en la cabeza; precipitase el bison sobre aquel tejido de brillante color con una impetuosidad increíble, y despues de un corto rato de descanso, emprende el cazador la lucha hasta que sucumbe su adversario al golpe mortal del cazador.

Los reyes de Polonia enviaban en otro tiempo á los monarcas de Europa la cecina del bison como un bocado muy precioso, delicado y muy buscado.

Sigue despues la caza del oso. Se hace por lo regular en grande, reuniéndose muchos propietarios vecinos, llevando cada uno un cierto número de perros y cierta porcion de municiones. Los sabuezos no sirven sino para levantar al animal; pero para apoderarse de él se necesitan perros grandes de presa (dogos). Las únicas armas que se necesitan son una escopeta de dos cañones bien cargados y un cuchillo de monte; pero lo mas indispensable de todo es una gran destreza, y en caso de peligro una inmutable serenidad, sin lo cual no se debe emprender esta caza. El ruido de los arbustos, malezas y hojas secas, señal muy deseada, anuncia que han sacado al oso de su cueva. Al principio de la caza procura siempre salvarse huyendo; pero cuando se apercibe que le es imposible y que dos ó tres balas arriesgadas con menos tino, que diestramente aplicadas, le han herido é irritado, toma entónces la resolucion de hacer frente al peligro, y aumenta su furor con la rapidez de los ataques. Los perros son los mas ardientes y los primeros que emprenden la lucha; entre estos y el animal no hay cuartel, no concluyéndose jamás el combate sin una gran pérdida de parte de los acometedores. Desesperado el oso coje algunas veces un palo enorme que maneja con mucha destreza: abre en dos pedazos al adversario mas encarnizado, ahoga á un segundo con sus abrazos, y hace volar por los aires á un tercero que arroja á una elevacion

POLONIA.

POLOGNE.



H. B. de Laxienki.

L. B. de Laxienki.

Chateau de Laxienki.

Site de Laxienki.

de muchas toesas. ¡Desgraciado el cazador poco experimentado si el oso, vencedor de un primer combate, lo encuentra en su camino! Levantándose de manos procura apretarlo fuertemente; pero por poco que el cazador conserve su serenidad, una bala bien aplicada ó una cuchillada bien dirigida derriba á la fiera fatigada por los perros.

Además de la caza con los perros preparan los Lituanienses varias emboscadas al oso, en las que cae muchas veces, á pesar de la prudencia y circunspeccion de su carácter. Las mas de las veces le pierde su glotonería, particularmente si le ponen por cebo miel. La especie mas pequeña, la que tiene el pelo moreno oscuro, ha recibido de los lugareños el apodo de guarda de abejas, *bartnik*, á causa de su gusto tan decidido por la miel y de su destreza en descubrirla.

Este es el modo de cazar aquel animal, que nos parece muy ingenioso. Fórmanse frecuentemente en los troncos de los altos pinos de la Lituania escavaciones naturales que sirven de colmenas á las abejas. Suspenden horizontalmente á una rama de aquellos pinos una rueda por medio de una cuerda muy fuerte; la bajan despues hasta la colmena adonde la fijan por medio de un resorte. Atraído por el olor de su manjar de predileccion, sube el oso al árbol, y queriéndose recrear con toda comodidad se sienta encima de la rueda, salta luego el resorte y se ve el gloton laminero suspendido en el aire á una elevacion de ochenta á cien piés. No teniendo bastante resolucion para saltar á tierra, lo que equivaldria para él á una muerte segura, ni bastante agilidad para alcanzar, subiendo por aquella delgada cuerda, las ramas superiores del pino, no le queda mas partido que esperar en aquella situacion poco agradable la llegada del propietario de las abejas.

El medio menos peligroso de cazar los osos consiste en emborracharlos con miel mezclada con aguardiente. En este estado no puede el animal oponer ninguna resistencia;

y se apoderan de él sin correr el mas mínimo riesgo.

A los osos cazados de este modo los domestican con bastante facilidad. La Polonia posee *dos academias de osos*, la una en Smorgonia, en la Lituania, y la otra en Klewania, en la Wolhynia. Estos animales reciben allí lecciones de los mejores profesores conocidos, y concluyen en poco tiempo su instruccion, esto es, el baile. Los educan en aquellas *academias* por medio de unos hornos dispuestos al intento, sobre los que colocan al nuevo discípulo, recién llegado de los bosques, habiendo tenido antes la precaucion de envolverle las patas de atrás; el calor del horno, que aumenta poco á poco, le hace levantar las patas de delante, lo que constituye una de las principales figuras que se deben observar en el baile. Algunas veces, y segun la intelijencia del animal, consiguen que reuna la utilidad á lo agradable. Viéronse en casa del príncipe Radziwill, tan conocido por sus bizarrerías, y que estuvo en Paris en el siglo pasado, osos que hacian el servicio de la mesa lo mismo que los criados; pero cosa rara, aquella nueva especie de librea no escitaba el apetito de los convidados, que temblaban mas de una vez presentando el vaso al lacayo colocado detrás de ellos.

La caza del danta está tambien en voga y ofrece bastantes dificultades. Este animal, de la familia de los ciervos, tiene muy buen oido y vista; y demuestra en el instinto de su conservacion una intelijencia casi humana. Gracias á su fuerza, á su estatura y á su velocidad, casi fabulosa (puede hacer, cuando la necesidad lo exige, hasta cincuenta millas de Polonia al dia, ó ochenta y ocho leguas de Francia), supera todos los obstáculos, destroza á los perros, y les hace perder la pista.

Cuando son pocos los cazadores y tienen pocos perros, hacen cercar por los habitantes de la campaña, con mucha anticipacion, el punto que presumen que puede servir de albergue al animal. Estos batidores llevan